Crítica de Libros

ESCRIBEN: Angel Rama, Washington Lockhart, Benjamín Nahum.

★ *SILVIA GUERRICO: DULCE RAIZ DORMIDA. Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda. 1962. 347 pa.*

Este libro estaba previsto hace años desde la irrupción en la literatura de nuestros iracundos rioplatenses. Es el *"rappel à l'ordre"* que se plantearon algunos superrealistas luego de su violencia renovadora, trasladado a las coordenadas más caseras de la literatura platense, en particular la porteña. El *"rappel à l'ordre"* se traduce aquí por el arraigo en la vida común del barrio, deponiendo, junto con el snobismo, la rebeldía. Dirá del personaje: *"Quería escribir, quería salvarse, quería conocer otra gente, quería ser alguien sincero, no puro con la furia demoníaca de los puros, sino sencillo y bondadoso"*.

Su protagonista, Ernesto Báez, es un joven escritor que desprecia a sus padres —y con motivo si nos atenemos a sus respectivas biografías—, pertenece a la vaga izquierda, algo vinculado al peronismo, tuvo varios triunfos literarios, hizo un viaje a Europa que utilizó para dormir en la pensión, se encuentra acosado por las deudas y por la gran trituradora —léase la TV—, y a la muerte de su padre, oscuro periodista y frustrado escritor, comienza en él un proceso de desasosiego que por un lado le lleva a apartarse con repugnancia de su círculo y por el otro a descubrir las vidas humildes de los vecinos del barrio acerca de los cuales su padre había pensado escribir una obra. *Triunfará* esta atracción, se "arraigará" en el barrio, se vinculará a la hija de un fuerte industrial, quien por lo demás, le ofrece un excelente puesto y le presta dinero, y habrá de escribir el libro que su padre añoraba, *dialogando* con él en estos términos: *"Voy hacia vos, hacia mí mismo, hacia una dulce raíz perdida. O tan sólo dormida. A recobrarla. A despertarla"*.

Este esquema, así toscamente sintetizado, podría ser sostén de *una belicosa sátira* acerca de la regresión espiritual de un escritor —hay varios modelos famosos en las letras argentinas, desde Lugones hasta Borges— y para ello bastaría apoyar algo más las concesiones ideológicas y *las conveniencias económicas simultáneas*. Pero muy lejos de tal planteamiento, la autora propone estos "años de peregrinaje" como el auténtico camino de salvación. El error es tan grueso, y es tan visible la honestidad y la *buena intención* con que lo presenta, que es necesario algún deslinde.

Han sido tantos los jóvenes que han ido fervorosos y han vuelto acomodados que los padres modernos ya se limitan a esperar, sin hacerse demasiada mala sangre, en una actitud parecida a los que desde hace cincuenta años están esperando la *vuelta del arte* moderno a la vieja y querida academia. Esa espera corresponde a una actitud estática, a los sectores sociales incapaces de concebir la realidad como un devenir cambiante por lo mismo de que son "conservadores" de lo que poseen y toda aventura les supone el riesgo de perder lo que han conseguido. Vizcacha lo dijo para nuestro ámbito: *"Conservate en el rincón donde empezó tu existencia"*. Cuando esos sectores encaran la obra de las promociones nuevas, negativistas y rebeldes, se engañan imaginando que han de regresar al mismo punto en que ellos se encuentran —tampoco pueden imaginar otra cosa— y no comprenden que, aparte de los que traicionan o son vencidos, las nuevas promociones llegarán en la madurez a *lugares más avanzados* que transformen la realidad social. Para usar un solo ejemplo trillado, sin la obra de unas mujeres, horriblemente criticadas en su tiempo por las buenas familias, me refiero a las feministas ibsenianas, hoy la Sra. Guerrico no escribiría obras literarias ni desempeñaría una actividad intelectual pública. Sin la *obra de los jóvenes rebeldes de hoy, que critican a Lugones y* Borges —cosa que la Sra. Guerrico reprueba— ni el arte, ni el mundo en que vivimos alcanzará una dimensión más humana y justa.

Otra cosa es el snobismo, la frivolidad, la pedantería, la falsificación, que es posible percibir también entre esos jóvenes. No ha habido movimiento químicamente puro en la historia del mundo, y los mejores ideales se codean con las mayores insinceridades. Pero para criticar a éstos —*cosa tan necesaria* y tan digna— condenar también a aquéllos, es caer en una falsificación del proceso vital y en una actitud regresiva. ¿Porque, qué se le ofrece a Ernesto Báez como salvación? Una visión idealizada de la pequeña burguesía de un barrio ciudadano, donde rige el amor del prójimo, la bondad y la lealtad, el *desinterés*, en fin, elementos más que suficientes para alcanzar el santoral. Los problemas económicos que ahogan a los *escritores* (Báez, padre e hijo) no parecen pesar sobre los buenos vecinos, y alguno de ellos, el turco Elías, que tiene casa con piscina y monta una fábrica de plásticos, ejerce una función de patriarca vecinal *siempre atento* al bien del prójimo. Los que hemos vivido en algún barrio montevideano tenemos una idea bastante distinta de las cosas, y algún escritor que ha intentado mostrar cómo se hace una fortuna detrás de un mostrador (Maggi en "La Trastienda") ha dado una visión menos idílica de la realidad.

En definitiva, Silvia Guerrico traslada a la literatura no la realidad sino la forma que ella quisiera que tuviera la realidad: el joven escritor iracundo es tan irreal como lo son los vecinos, y si a aquél se le fuerza para *seguir un camino* que ningún rebelde seguirá, a no ser amargado y resentido, a estos últimos se los circunda de una aureola de sencillez, bondad, solidaridad humana que se obtiene mediante una amputación de la verdad *total, mucho más* compleja, más discordante y entreverada. No representan la verdad de hoy; quizás hayan representado la verdad de algunas décadas anteriores, porque este libro nos evoca algunos aspectos del *humanitarismo piadoso* de los años veinte, el que signó el grupo argentino de Boedo, pero sin su rebeldía, su tensión narrativa y su frescura para descubrir el mundo. Entre nosotros equivale al humanitarismo batllista *que tuvo su mejor expresión literaria en José Pedro Bellan*.

La falsedad de la tesis no oscurece sin embargo las virtudes narrativas que asoman en el libro, y que no ocupan el sitio de los *personajes protagónicos, sino de los secundarios*. Utilizando el sistema del "racconto", Silvia Guerrico cuenta, varias vidas sencillas, con una amenidad de buena ley, con bocetados realistas sagaces y una dosis alta de sexo. Son croquis o estampas costumbristas que tienen interés independiente, su oportunidad sabrosa, y en los cuales aparece un inteligente aprovechamiento del dato real dentro de la voluntariedad bondadosa que adopta el autor para el retrato de sus criaturas. Eso prueba que el libro que proyectaba escribir Guzmán Báez, recogiendo apuntes sobre los vecinos que conocía de toda la vida y eran sus amigos, el mismo libro que afrontará Ernesto Báez, es, en *definitiva*, el que Silvia Guerrico quiso escribir. Para ello no necesitaba de una tesis tan conformista, tan bien recibida y paladeada por los buenos burgueses que se sentirán falsamente tranquilizados al leer el volumen. Le hubiera bastado con acometer el asunto ateniéndose a los datos reales, incluso sin necesidad de un argumento —a imagen del "Bajo el bosque de la leche" de Thomas— pero con el uso de ese espíritu crítico y hasta satírico del que da pruebas eficaces cuando tiene que pintar el mundillo de la TV o del periodismo y la radio, corrompidos por los avisadores. Su capacidad descriptiva, su prontitud y actitud arriesgada para contar, hubieran rendido un dividendo más alto, sin duda, por lo mismo que hubiera sido un testigo más veraz. Porque en la literatura las buenas intenciones —ya se dijo— pueden llevar al infierno.

A. R.